

PIO XII Y LA DEFENSA DEL HOMBRE

Discurso de Orden pronunciado
en el Homenaje de la Pontificia
Universidad Católica, a la Memo-
ria de S. S. Pío XII.

Señores:

Nuestra corporación de fieles que aprenden o enseñan rinde este día su tributo, iluminado por la fe, al que muerto al mundo vive en Dios. Seguros con la seguridad de la fe lo contemplamos viviendo de otro modo, para nosotros obscuro y desconocido, la vida nueva que con la nuestra cambió por mediación de la muerte.

Nuestra corporación de maestros y alumnos recuerda en este día al Maestro Supremo de la verdad en la tierra. Al que fué sucesor de Jesucristo nuestro verdadero Maestro.

Nuestra corporación llamada por el Sumo Pontífice Pío XII a la gran familia de las instituciones pontificias presenta su reconocimiento agradecido, velado por la emoción que produce la distancia, la separación y la partida, pero iluminado con la luz de la fe que profesamos, a quien fuera nuestro Pastor y nos distinguiera con el apelativo de su función más sublime: la de Pontífice, Supremo Sacerdote.

Y el tributo al Maestro no es sólo el recuerdo que otro recuerdo se lleva, es la atención a su enseñanza y la firme promesa de vivirla.

“Vosotros me llamáis Maestro, dijo el Señor la noche suprema, y bien decís, puesto que lo soy . . . Yo os he dado ejemplo para que hagáis conforme yo he hecho . . .” (1).

Me toca a mí, Señores, recordar una parte de la enseñanza de nuestro Maestro Pío XII —a todos nos toca— y es cuestión de nuestra propia conciencia decidir en qué grado y con qué fidelidad lo vamos a imitar.

Es admirable el profesor que nos enseña por ejemplo las grandes precisiones de las leyes matemáticas o el que nos dice las reconditeces de los senos de los mares. Pero el Maestro es más que éso —es quien conociendo lo verdadero nos dice además lo bueno y nos presenta lo hermoso.

Podríamos entresacar de las lecciones de Pío XII, las expresiones de una verdad distante, los razonamientos de un saber puramente teórico como por ejemplo cuando habla de las ecuaciones de Maxwell y su significado para las Matemáticas. Pero no es ése su magisterio auténtico, ni su más frecuente enseñanza. Puesto por Dios para dirigir a su pueblo en la búsqueda del bien y de la verdad sus lecciones gravitan sobre todo en torno del bien del hombre.

Los griegos, nuestros viejos maestros, añadieron a la labor de enseñar y comunicar la verdad, la de defender la verdad comunicada y así vistieron al maestro de una doble persona haciéndole orador, convencedor, protejedor de la ver-

(1) Evangelio según San Juan, cap. XVI.

dad (campeón, cruzado o caballero, dirán los siglos posteriores más militares) y buscador ansioso de la misma verdad.

El Maestro a quien esta noche recordamos fué un gran orador, convencedor, protegidor de la verdad. Nosotros que nacimos después del Cid podemos decir que fué un gran cruzado, un campeador de la verdad.

Y, aunque a algunos parezca paradójico, la verdad que Pío XII buscó más paciente y arduosamente, comunicó más frecuentemente, defendió más infatigablemente, fué la verdad acerca del hombre.

Por eso quisiéramos esta noche junto con vosotros asistir a momentos de su búsqueda, oír algunas de sus magistrales exposiciones acerca del hombre y retemplar nuestra voluntad de lucha y defensa de las causas nobles con sus magníficas defensas del hombre.

Llamado por Dios al peso inmenso y a la plena responsabilidad del magisterio infalible en los momentos tan graves que conocemos, cuando los brazos de la cruz gamada, negros, rígidos y duros, la hoz y el martillo y las varas de los fascios, parecían misteriosamente llamados a cambiar la faz del mundo, construyendo uno nuevo: de espaldas a Dios y a su Cristo, de espaldas a su Iglesia Santa y de espaldas también a la suprema dignidad de la persona humana, Pío XII siente la angustia y la gravedad del momento. Convencido por su fe que las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia, cierto que en vano maquinan los necios contra Dios y su Cristo (2) decide concentrar su esfuerzo en la defensa del hombre.

En su primera Encíclica expone con paciente cuidado la verdadera naturaleza del hombre, sujeto de la ley moral, y lo defiende, arduosamente de los excesos que el Estado, convertido en omnipotente, quiere cometer.

Vencidos los horrores de la guerra cruenta una nueva guerra y una nueva batalla ideológica quieren asegurar una paz definitiva sobre el progreso.

Renace el viejo mito del progreso con la aplicación del saber al hacer mediante los instrumentos modernos más variados y perfectos. Y la técnica objetivándose en una especie de absoluto casi impersonal se convierte en un enemigo del hombre de quien es preciso defenderlo:

“Diríase que la humanidad actual, a pesar de que ha podido construir la admirable y compleja máquina del mundo moderno sometiendo a su servicio ingentes fuerzas de la Naturaleza, se declara incapaz de dominar su curso, como si se le hubiese escapado de la mano el timón y corriese por ese peligro de verse arrollada y desbaratada por ellas. Esta incapacidad de dominio debería por sí misma sugerir a los hombres, que son sus víctimas, que no deben esperar la salvación únicamente de los técnicos de la producción y de la organización” (3).

Con esta verdad y este calor Pío XII, sobre todo en los Radio-Mensajes de Navidad de los años 1952 y 1953 ha magistralmente expuesto la relación del hombre y la técnica.

El materialismo hecho omnipresente al tomar la materia una dimensión tan especial en la vida del hombre en la actual coyuntura del acontecer histórico es el tercer gran enemigo del hombre.

(2) Salmo 53.

(3) Anuario Petrus — 7, pág. 9.

Del materialismo el Soberano Pontífice nos defendió valientemente al enrumbarnos por los caminos de una verdadera ciencia. La doctrina de Pío XII sobre la ciencia es quizás la más sublime defensa del hombre que han visto los siglos después que Cristo nos enseñó a rezar "Padre Nuestro, que estás en los Cielos. . .".

El Papa Pío XII se ha ocupado de los varios momentos de la existencia temporal del hombre: concepción, por ejemplo, alumbramiento o muerte.

Las fases de la vida humana, sobre todo, niñez y adolescencia le han atraído.

Como también le ha preocupado la salud y la enfermedad del hombre, el trabajo del hombre o su descanso, etc.

Pero, la enfermedad como la salud, el nacer como el morir, esta o la otra ocupación son momentos de una realidad más permanente y escondida. A ella, pues, a lo que el hombre es, no a lo que el hombre hace o sufre dirige Pío XII su mirada y allí buscando encuentra que lo más íntimo del hombre, su inefable singularidad es la unicidad de su existencia, que lo constituye *persona*.

Y la persona es el atributo primero del espíritu.

La persona es el sujeto de deberes y derechos.

La persona es el sujeto y el término primero de la ley moral.

Y esta persona, sujeto de estas delicadas relaciones, capaz de las sublimes realizaciones de un santo o de un artista, alumbrada con el sello divino está en peligro —ha estado siempre en peligro y lo estará probablemente hasta el fin de los tiempos—, hoy está en peligro de ser absorbida en la vorágine del poder y uncida a la más inhumana forma de vivir: la del esclavo.

El poder —la autoridad— es como la trama donde se enlazan los hilos constitutivos de ese finísimo tejido de relaciones humanas que llamamos Estado.

Y el fundamento donde ese poder se asienta es por consiguiente, la cuestión primera que debe ser esclarecida por quien quiera conocer las relaciones entre el Estado y el hombre, pues si en ella hay error es claro que se manifestará innegablemente en las consecuencias.

Toda la gravísima lección de la *Summi Pontificatus* sería aquí de repetir:

"Venerables hermanos: si el olvido de la ley de caridad universal, única que puede consolidar la paz apagando odios y atenuando rencores y desavenencias, es fuente de gravísimos males para la convivencia pacífica de los pueblos, no menos nocivo al bienestar de las naciones y a la prosperidad de la ingente sociedad humana, que recoge y abraza dentro de sus confines a todos los pueblos, *aparece el error* que se encierra en aquellas concepciones que no dudan en separar la autoridad civil de toda dependencia del Ser Supremo (causa primera y Señor absoluto, tanto del hombre como de la sociedad) y de toda ligadura de ley trascendente, que deriva de Dios como de fuente primaria, y *conceden a esa misma autoridad una facultad ilimitada de acción, abandonándola a las ondas mudables del arbitrio o únicamente a los dictámenes de exigencias históricas contingentes y de intereses relativos*". (4)

(4) "Summi Pontificatus".

Y los errores en este principio del origen y límite del poder se extienden hasta viciadas consecuencias, que el Papa enumera puesta la mira en la misión distinta del Estado, el individuo y la familia en el orden nacional e internacional.

“Renegando en tal modo de la autoridad de Dios y del imperio de su ley, el poder civil, por consecuencia ineludible, tiende a apropiarse aquella absoluta autonomía que sólo compete al Supremo Hacedor, a hacer las veces del Omnipotente, elevando el Estado o la colectividad a fin último de la vida, a último criterio del orden moral y jurídico, y prohibiendo, consiguientemente, toda apelación a los principios de la razón natural y de la conciencia cristiana”.

“Donde se rechaza la dependencia del derecho humano del derecho divino, donde no se hace apelación sino a una idea incierta de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomía fundada únicamente en la moral utilitaria, allí, el mismo derecho humano pierde justamente en sus aplicaciones más difíciles la fuerza moral, que es la condición esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios”. (5)

El primer afectado por esta desviación de la noción y función propia del Estado es el individuo, la persona humana.

“Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, una vez que éstas se gobiernan por normas internas, delicadas y complejas, que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir daño, con desventaja para el bien público, si se las arranca de su ambiente natural, es decir, de la actividad privada responsable”. (6)

Y sería fácil presentar otras citas donde la enseñanza pontificia critica una organización del Estado que no tiene presente la dignidad de la persona humana y el respeto al individuo.

Puesto que no sólo en la organización socialista del Estado, sino también en la liberal-capitalista se da este hecho de la absorción del individuo por el Estado impersonal, el Papa ha levantado su voz contra estos errores, por ejemplo, al describir la organización inflexible, mecanista y rígida del Estado.

“O se hace depender la salvación de una ordenación rigurosamente uniforme e inflexible, que abraza a todo el mundo, de un sistema que debería obrar con la seguridad de una medicina bien experimentada, de una nueva fórmula social redactada en fríos artículos teóricos, o rechazando toda receta general, se la entrega a las fuerzas espontáneas del instinto vital, y en la mejor de las hipótesis, a los impulsos afectivos de los individuos y de los pueblos, sin preocuparse de que de aquí pueda derivarse la perturbación del orden existen-

(5) “Summi Pontificatus”. Colec. de Encíclicas y Cartas Pontificias, pág. 395. Edit. Poblet.

(6) *Ibid.*, pág. 396.

te, por más que sea evidente que la salvación no puede nacer del caos. Entrambos métodos son falsos, y por lo mismo no reflejan la sabiduría de Dios, primero y ejemplar remediador de la desgracia. Esperar la salvación de fórmulas rígidas, aplicadas materialmente al orden social, es superstición, porque les atribuye un poder casi prodigioso que no pueden tener, mientras que poner la esperanza exclusivamente en las fuerzas creadoras de la acción vital de cada individuo es contrario a los designios de Dios, Señor del orden" (7).

"Ante todo, claro principio de sabiduría es que todo progreso, para ser verdaderamente tal, ha de saber añadir nuevas conquistas a las antiguas, nuevos bienes a los ya adquiridos en el pasado, en una palabra, ha de saber aprender de la experiencia. Ahora bien, la Historia enseña que otras formas de la economía nacional han tenido siempre un influjo positivo sobre toda la vida social, influjo del cual se han aprovechado ya las instituciones esenciales, como la familia, el Estado y la propiedad privada; ya las constituídas en virtud de libre asociación. Ponemos como ejemplo las indiscutibles ventajas obtenidas donde predominaba la empresa agrícola y artesana.

"Sin duda también la empresa industrial moderna ha tenido efectos benéficos, pero el problema que hoy se presenta es éste: ¿Podrá igualmente ejercer un influjo feliz sobre la vida social en general y sobre aquellas tres instituciones fundamentales en particular un mundo que sólo reconozca la forma económica de un enorme organismo productivo? Tenemos que responder que el carácter impersonal de semejante mundo contrasta con la tendencia totalmente personal de las instituciones que el Creador ha dado a la sociedad humana. En efecto, el matrimonio y la familia, el Estado, la propiedad privada tienden por su naturaleza a formar y desarrollar al hombre como persona, a protegerlo y a hacerlo capaz de contribuir, con su voluntad de colaboración y responsabilidad personal, al mantenimiento y al desarrollo, también personal, de la vida social. La sabiduría creadora de Dios queda, pues, ajena a ese sistema de unidad impersonal, que atenta contra la persona humana, fuente y meta de la vida social, imagen de Dios en su más íntimo ser". (8)

Pero no es sólo el individuo quien sufre con esta desviación que hace del Estado un absoluto, es también la familia la que se ve profundamente afectada:

"Ante nuestra mirada se yerguen con dolorosa claridad los peligros que tememos puedan venir, sobre la actual y futuras generaciones, del desconocimiento, de la disminución y de la progresiva abolición de los derechos propios de la familia. Por eso nos levantamos como firmes defensores de tales derechos, con la plena convicción del deber que nos impone nuestro apostólico ministerio. Las angustias de nuestros tiempos, tanto externas como internas, tanto materiales como espirituales; los múltiples errores, con sus innumerables repercusiones, ninguno lo saborea más amargamente que la reducida y no-

(7) Anuario Petrus — 7, pág. 10.

(8) Anuario Petrus — 7, pág. 11.

ble célula familiar. Muchas veces es necesario verdadera valentía y heroísmo, digno, en su simplicidad, de admiración y respeto, para soportar la dureza de la vida, el peso cotidiano de las miserias, las crecientes indigencias y las estrecheces en medida jamás anteriormente experimentada, de las que frecuentemente no se ven ni la razón ni la necesidad real. Quien tiene cura de almas, quien puede sondear los corazones, conoce las lágrimas ocultas de las madres, el resignado dolor de muchos padres, las innumerables amarguras de las que ninguna estadística habla ni puede hablar; vé con mirada preocupada crecer cada vez más el cúmulo de tales sufrimientos, y sabe cómo las potencias de la confusión y de la destrucción están en acecho para servirse de ellos en sus tenebrosos designios. Ninguno que tenga buena voluntad y abiertos los ojos, podrá negar, en las condiciones extraordinarias en que se encuentra el mundo, al poder del Estado un derecho correlativo y excepcional para atender a las necesidades del pueblo. Pero el orden moral establecido por Dios exige, aún en tales contingencias, que se indague tanto más seria y cuidadosamente sobre la licitud de tales medidas, y sobre su necesidad real, según las normas del bien común". (9)

El mismo Estado en su seguridad interior y en sus relaciones con otros Estados sufre una profunda turbación cuando edifica tan sólo sobre el poder el fundamento de su existencia:

"La concepción que atribuye al Estado una autoridad ilimitada, no sólo es, venerables hermanos, un error pernicioso a la vida interna de las naciones, a su prosperidad y al creciente y ordenado incremento de su bienestar, sino que, además, causa daños a las relaciones entre los pueblos, porque rompe la unidad de la sociedad sobrenacional, quita su fundamento y valor al derecho de gentes, conduce a la violación de los derechos de los demás y hace difícil la inteligencia y la convivencia pacífica.

"De hecho, aunque el género humano, por disposición del orden natural establecido por Dios, está dividido en grupos sociales, naciones o Estados, independientes los unos de los otros en lo que respecta al modo de organizar y dirigir su vida interna, todavía está ligado con mutuos vínculos morales y jurídicos en una grande comunidad que pretende el bien de todos los pueblos y está regulada por especiales leyes que protegen su unidad y promueven su prosperidad.

"Ahora bien; no hay quien no vea que esa supuesta autonomía absoluta del Estado está en abierta contradicción con esta ley inmanente y natural, más aún, la niega radicalmente, dejando a merced de la voluntad de los gobernantes la estabilidad de las relaciones internacionales y quitando la posibilidad de unión verdadera y de colaboración fecunda en orden a los intereses generales.

"Porque, venerables hermanos, es indispensable para la existencia de contactos armónicos y durables y de relaciones fructuosas que

(9) "Summi Pontificatus". Colec. de Encíclicas y Cartas Pontificias, pág. 397.

los pueblos reconozcan y observen aquellos principios de derecho natural internacional que regulan su desenvolvimiento y funcionamiento normal. Tales principios exigen el respeto de los derechos que se refieren a la independencia, a la vida y a la posibilidad de un desenvolvimiento progresivo en el camino de la civilización; exigen, además, la fidelidad a los pactos estipulados y sancionados conforme a las normas del derecho de gentes". (10)

Dos polos tiene el poder —doble es el fundamento en que se asienta la autoridad del Estado— el orden establecido por Dios y la dignidad de la persona humana.

El hombre narcoanalizado, sujetado a labores forzadas en campos de concentración, cebados sus instintos como de bestia placentera por las modernas y antiguas maneras de diversiones y de deleite, el hombre angustiado, inseguro, incierto frente a la obra misma de sus manos, ese hombre es y puede convertirse en el artista del recto orden querido por Dios y que no depende de la voluntad omnipotente irrestricta del Estado.

¿Cómo habrá de lograrlo entonces — será acaso mediante la técnica?

¡Es admirable el poder creador del hombre! En uno de sus últimos mensajes a las Jornadas Católicas en Bruselas, dirigido con ocasión de la Exposición Internacional de Bruselas:

"Benedicite, omnia opera Domini, Domini; laudate et superexaltate eum in saecula" (Dan. 3, 57). ¡Obras del Señor, bendicid todas al Señor; alabadle y exaltadle por siempre!

"Esta invitación a cantar la gloria del Altísimo viene espontáneamente a nuestros labios, queridos hijos e hijas, cuando contemplamos en espíritu la suma inmensa de recursos esparcidos por la naturaleza que el trabajo del hombre hace hoy fructificar y ofrece a la sociedad para su bienestar. Si es cierto que la Exposición Universal e Internacional de Bruselas quiere presentar al visitante una breve evocación de esos recursos y de ese trabajo y abrir también perspectivas de una mayor felicidad, nos complace invitaros mediante este mensaje a elevar hacia Dios la alabanza que le es debida".

Pío XII no puede ignorar la grandeza del hombre que todo este inmenso progreso entraña.

Hay más, Pío XII —como ningún hombre leal a la verdad— jamás ha afirmado que en esta civilización y esta mentalidad técnicas no florezcan auténticos valores humanos, vidas hermosas por sus virtudes morales, su laboriosidad, dedicación sublime al deber.

No es ésta la objeción fundamental a la técnica, más honda es su herida en el hombre y por eso más peligrosa y más difícil su remedio: Pío XII afirmó que el espíritu técnico empobrece al hombre.

Es en el Radio-Mensaje de Navidad de 1953, donde el Papa describe con frases plásticas, cual los lienzos o esculturas donde los artistas dejan impresa su visión, la situación actual de los hombres dominados por el espíritu técnico; viven —dice— como cegados con las tinieblas que ellos mismos se crearon.

(10) Ibid., pág. 399.

“Hay ante todo un engaño fundamental en esta visión torcida del mundo que ofrece el “espíritu técnico”. El panorama, a primera vista ilimitado, que la técnica despliega ante los ojos del hombre moderno, por muy extenso que sea, no es, con todo, más que una proyección parcial de la vida sobre la realidad, pues no expresa sino las relaciones de ésta con la materia. Por eso es un panorama que alucina y acaba por encerrar al hombre, demasiado crédulo en la inmensidad y en la omnipotencia de la técnica, en una prisión, que es ciertamente vasta, pero circunscrita y, por tanto, a la larga, insoporrible a su genuino espíritu. Su mirada, lejos de extenderse hacia la realidad infinita, que no es sólo materia, se sentirá coartada por las barreras que ésta necesariamente le opone. De donde nace la íntima angustia del hombre contemporáneo, que se ha vuelto ciego por haberse rodeado voluntariamente de tinieblas”. (11)

Como presos y encadenados en las prisiones por ellos construídas y las cadenas por ellos forjadas:

“Su pensamiento sigue otros caminos y otros métodos bajo la sugestión unilateral del “espíritu técnico”, que no reconoce y no aprecia como realidades sino lo que se puede expresar con números y con cálculos unitarios. Creen que así descomponen la realidad en sus elementos, pero su conocimiento no pasa de la superficie y sólo se mueve en una dirección. Es evidente que quien adopta el método técnico como único instrumento en la búsqueda de la verdad debe renunciar a penetrar, por ejemplo, las profundas realidades de la vida orgánica, y más aún las de la vida espiritual y las realidades vivientes del individuo y de la sociedad humana, porque no pueden formularse con expresiones cuantitativas. ¿Cómo se puede esperar de una mente así formada asentimiento y admiración ante las imponentes realidades, a las cuales hemos sido elevados por Jesucristo mediante su encarnación y redención, su revelación y su gracia? Aún prescindiendo de la ceguera religiosa que deriva del “espíritu técnico”, el hombre poseído por él queda rebajado en su pensamiento, precisamente en cuanto por él es imagen de Dios. Dios es la inteligencia infinitamente comprensiva, mientras que el “espíritu técnico” hace todo lo posible por coartar en el hombre la libre expansión de su entendimiento”. (12)

Pío XII describe también a las víctimas del espíritu técnico como gigantes del mundo físico con detrimento de su espíritu reducidos a ser pigmeos en el mundo sobrenatural y eterno.

“Al técnico, maestro o discípulo, que quiere salvarse de esta disminución de sí, es necesaria no sólo una educación profunda de la mente, sino sobre todo una formación religiosa que, contra lo que a veces se afirma, es la más apta para defender su pensamiento de in-

(11) Anuario Petrus — 8, pág. 10.

(12) Anuario Petrus — 8, pág. 11.

flujos unilaterales. Entonces se romperá el cerco de su conocimiento; entonces la creación se le presentará iluminada en todas sus dimensiones, especialmente cuando ante el Pesebre se esfuerce por comprender "cual sea la anchura, longitud y la altura y profundidad y el conocimiento de la caridad de Cristo" (cfr. Eph., 3, 18-19). En caso contrario la era técnica llevará a cabo su monstruosa obra maestra de transformar al hombre en un gigante del mundo físico, con detrimento de su espíritu, reducido a pigmeo del mundo sobrenatural y eterno". (13)

Y como por instinto natural, tratando de romper el cerco de las cosas materiales el espíritu técnico se ha ido aplicando a las cosas del hombre — a las que hoy se llaman "ciencias del hombre".

Apuntemos algunos de esos intentos mencionando tres de esas modernas técnicas convertidas en Ciencias y Ciencias que son una forma de técnica —la Demografía, la Política Social y la Economía— para oír sobre ellas la lección del Maestro a quien hoy recordamos.

La Demografía es la reflexión organizada de los hombres acerca de los varios problemas que la población del mundo, su crecimiento, distribución, etc., ofrecen.

"La ciencia de la población es joven, pero es primordial, porque toca inmediatamente a la vida humana y puede esclarecer algunos de sus más graves problemas individuales y sociales.

"Estos problemas la Iglesia no los ignora: no es indiferente a sus aspectos angustiosos, como lo prueban tantos documentos emanados recientemente de la Santa Sede y concernientes a la vida familiar, la economía nacional, las relaciones entre los pueblos, de los cuales unos se encuentran abundantemente provistos de riquezas, en tanto que otros permanecen en condiciones trágicas.

"Pero la Iglesia ha creído siempre situar los problemas de la población en su verdadera perspectiva: la del destino moral y personal que, a través de una acción valiente y aun audaz en el tiempo, debe encontrar su realización en la posesión eterna de Dios.

"Por ello, no podemos menos de alegrarnos de la luz que vuestros trabajos y los de todos los demógrafos sinceros aportan al conocimiento de las leyes y de los valores que condicionan la evolución de las poblaciones. Por la misma razón, también encarecemos a los católicos el que tomen una parte activa en las investigaciones y esfuerzos que se realizan en este dominio.

"Pero Nos deseamos que lo hagan dentro de la fidelidad a la doctrina cristiana, en comunión con tantos hombres y mujeres que, guiados por su razón y sostenidos por una justa confianza en la Providencia, plenamente conscientes de las dificultades con las que se enfrentan y de sus deberes hacia la comunidad, respetan el designio creador, que se encuentra en el corazón mismo del amor y de la vida". (14)

(13) Anuario Petrus — 8, pág. 11.

(14) Discurso de septiembre a la Conferencia Mundial de la Población.— Diccionario de Textos sociales pontificios, pág. 312.— Edit. C.B.E.

La Política es una ciencia tan antigua como el esfuerzo del hombre por organizar racionalmente la vida colectiva y nueva con la preocupación naciente de los problemas que se refieren a la comunidad humana universal.

Pío XII ha sostenido la urgencia de una política que construya una ciudad temporal centrada en torno a la idea auténtica del hombre, y continuando las enseñanzas de sus predecesores, sobre todo de Pío XI, Pío XII ha mantenido que esa nueva construcción de la ciudad temporal, dado el avance técnico, la diferenciación del trabajo, los progresos de la industria sólo podrá hacerse cuando la organización impersonal del Estado amorfo se convierta en una organización que refleje al organismo vivo compuesto de múltiples funciones y que posea aparatos preparados para ejercerlas.

La organización corporativa del Estado propuesto por Pío XI, dice casi textualmente Pío XII ha sido desconocida por algunos, vistas las grandes dificultades que aspectos prácticos de su realización tienen y por ello se ha desoído lo substancial de esta lección que es la nueva forma del Estado:

“No podríamos ignorar las alteraciones con las cuales se daban de lado las palabras de alta sabiduría de Nuestro Glorioso Predecesor Pío XI, dando el peso y la importancia de un programa social de la Iglesia, en nuestro tiempo, a una observación completamente accesoria en torno a las eventuales modificaciones jurídicas en las relaciones entre los trabajadores sujetos al contrato de trabajo y la otra parte contrayente; y pasando, por el contrario, más o menos bajo silencio la parte principal de la Encíclica “Quadragesimo anno”, que contiene, en realidad, aquel programa; es decir, la idea del orden corporativo profesional de toda economía”. (15)

En una carta a la Semana Social de Francia de 1956 tenemos resumida la enseñanza pontificia sobre el verdadero sentido que debe tener el avance económico y las orientaciones de la auténtica ciencia económica.

Ante todo no puede admitirse que la Economía tenga en sí propia los principios de su propia regulación:

“En vano se alegrarían en contra las posibilidades de la técnica y de la organización, que hacen brillar la promesa de producir cada vez más y a menor precio; la previsión de un futuro nivel de vida cada vez más elevado, la cantidad de las necesidades materiales que los hombres podrán todavía aumentar en el mundo entero. En vano, hemos dicho, porque, al contrario, cuanto más exclusiva e incesantemente se refuerza la tendencia al consumo, tanto más la economía deja de tener por objeto al hombre real y normal, al hombre que subordina y adapta las exigencias de la vida terrestre a su fin último y a la ley de Dios”. (16)

Resulta entonces que el marco de la Economía y su verdadero objetivo es el hombre:

“Como defensores de los valores de la persona, los cristianos han de recordar los fines superiores de la economía y las condicio-

(15) Anuario Petrus — 6, pág. 25.

(16) Anuario Petrus — 10, pág. 285.

nes humanas en su desarrollo. Interesándose en el bien general de la nación, habrán de luchar éstos contra las rutinas ya superadas, los intereses particulares, las resistencias egoístas; pero se opondrán también a una expansión ciega dirigida tan sólo por la ganancia. Conscientes, finalmente, de los peligros que todo materialismo hace correr al mundo contemporáneo, y formados en una justa concepción de la vida y del trabajo, deberán ellos acoger favorablemente los progresos de la economía, que incluso los promoverán sin olvidar, sin embargo, que "la técnica está ordenada al servicio del hombre y del conjunto de valores materiales y espirituales, que corresponden a su naturaleza y dignidad personal". (17)

La fuerza que se expresa en el poder y se organiza en el Estado, la técnica que se irisa multiplicándose en máquinas o en ciencias —no tienen la verdadera respuesta sobre el hombre— no construyen sino edifican sobre la verdadera naturaleza del hombre.

¿Pero cuál es esta naturaleza? ¿Cómo hallarla? ¿Está acaso el hombre ligado por el cuerpo al suelo y la materia, compuesto tan sólo de materia? Lo que el sentimental poeta preguntaba

Vuelve el polvo al polvo
todo es vil materia

renace de nuevo con inquietante fuerza en un momento del mundo en el que la materia convertida en energía toma para nosotros las formas más aladas, más etéreas que nos parecían reservadas para el espíritu.

Y Pío XII nos lleva hacia la respuesta por un camino austero y firme, el camino de la ciencia. Brotan espontáneas las referencias pero hay innegablemente dos documentos en los que esta enseñanza cual ninguna otra importante se despliega majestuosamente. Son el discurso de 1941 ante la Academia Pontificia de las Ciencias y la Carta Encíclica *Humani Generis*.

Y qué se encuentra tras el austero camino recorrido —que nos dice la ciencia— por ese camino ve el hombre lo que es y lo que significa ser persona, tener intimidad, tener conciencia, decidir en el seno profundo de nuestra propia existencia la grandeza o miseria de nuestra propia vida.

Halla también allí en el espíritu individual que llamamos persona las atribuciones más fundamentales de la misma, las prolongaciones primeras de su ser en sus derechos y en su dependencia de Dios y de las demás cosas haya también las obligaciones primeras.

Y en el mismo seno hondo ausculta la ley de Dios que lo compromete en la aventura de su perfección en la empresa de su perfeccionamiento moral.

"No os maravilléis si ante vosotros, que con tanta agudeza habéis estudiado, investigado, anatomizado y confrontado los cerebros de los hombres y de los animales irracionales Nos exaltamos al hombre que eleva la frente irradiada por aquella inteligencia que es herencia exclusiva de la especie humana. La verdadera ciencia no rebaja ni humilla al hombre en su origen, sino que lo eleva y exalta

porque ve, encuentra y admira en cada uno de los miembros de la gran familia humana la huella, más o menos grande, en ella estampada por la imagen y semejanza divinas.

“El hombre es grande. El progreso que él realiza y promueve en las ciencias físicas y naturales, matemáticas e industriales, ávido siempre de mejores, más amplios y seguros adelantos, ¿qué es sino efecto del dominio que todavía ejerce —aunque limitado y de fatigosa conquista— sobre la naturaleza inferior? ¿Cuándo, como en el presente, el ingenio humano buscó, estudió, escrutó y penetró en la naturaleza para conocer las fuerzas y las formas, para dominarlas y someterlas a sus instrumentos y servirse de ellas a su gusto? El hombre es grande y fué más grande en su origen. Si cayó de su primera grandeza al rebelarse contra el Creador, y anduvo desterrado y errante fuera del jardín de delicias, bañando con el sudor de su frente el pan que entre abrojos y espinas le daba la tierra; si el cielo y el sol, si el frío y el calor, si los refugios y la selva, si tantos otros trabajos y fatigas, incomodidades de lugar y condiciones de vida humillaron su rostro y su figura; si lo que le queda del imperio recibido sobre los animales no es otra cosa que un pobre recuerdo de su poderío y un ligero fragmento de su trono; aun en la ruina aparece grande por aquella imagen y semejanza divina que lleva en el espíritu, y por la cual tanto se complace Dios en la criatura humana, último trabajo de su mano creadora, a la que no dejó de amar ni abandonó una vez caída y que para volver a levantarla El mismo se hizo semejante al hombre y reducido a la condición de hombre sometido a nuestras debilidades e igualmente tentado en todo, excepto el pecado”. (18)

(18) Discurso a la Pontificia Academia de Ciencias en la inauguración de su VI Curso.— 30-XI-1941.— “El mundo intelectual”, pág. 85.— Edit. Pax.